

Memoria y Escritura

Salvador F. Cava

La memoria es salud. Ejercer la memoria, darle trabajo, es síntoma de vida. Hay quien habla, cita y hace cosas de memoria, quien la conserva, y buena; quienes la tienen algo flaca; y los que la pierden. Cuanta con más memoria, artificial, se amplían los ordenadores, más caro resulta adquirirlos. Esto que acabo de decirles y que suena casi a remedo de anuncio televisivo o a puro ejercicio de diccionario, no deja de tener su referente de uso. Refleja, a mi modo de ver, el saber colectivo acumulado en un idioma. Son ciertamente, esos axiomas, una reducción a pequeña escala de nuestro entendimiento y de nuestro comportamiento. Porque la memoria, como tal, la memoria de la vida, no tiene sentido sino se refresca, se guarda y se transmite, bien oralmente, bien por escrito.

Y si la memoria es salud, como empezaba diciéndoles, los libros de memorias, ese género literario híbrido -supervivientes del desdén- entre historia y literatura, son una forma narrativa viva. No necesitan, por tanto, en general, que aquí los reivindicemos. Ni como cuerpo de escritores solidarios con nuestros colegas gremiales, ni como lectores ávidos de anécdotas, frases ingeniosas, reflexiones de cultura y contracultura, o circunstancias azarosas sorprendentes. En su correspondiente estante de una buena librería los encontraremos. Desde los firmados por los políticos más diestros, hasta los que avalan los más siniestros; desde el último del eximio premio Nobel, hasta el reciente de la folklórica de media tinta y papel secundario, o el de un atípico pensador zamorano que registra sus recuerdos. No lejos de allí. En algún anaquel próximo bien podríamos encontrar los escritos de San Agustín, Santa Teresa, El Lazarillo y los Cronistas de Indias. Yo no se si los Evangelios no son unos libros de memorias de los discípulos de Jesús. Lo que sí puedo garantizarles es que si alguno de ustedes pudiese patentar como marca publicitaria la palabra memoria, sólo con el uso que de la misma se hace en la portada de los libros editados anualmente, a buen seguro que viviría de sus rentas.

En muchas ocasiones, cuando la fama o el reconocimiento del protagonista es notorio, bien por haber ocupado un cargo público de alta responsabilidad, o tal vez por haber vivido situaciones únicas, límites, los libros que nos dan cuenta de su vida no requieren un excesivo apoyo, llamémosle, interno. Al traspasar el renombre de su autor el ámbito de las fronteras provinciales y nacionales, muchas veces ni tan siquiera les hace falta escribirlas. La propia industrial cultural te las pide y hasta te ofrecen al redactor oportuno para convertirlas en biografía, biografía personal o biografía novelada. Suelen ser los editores quienes los solicitan pues tienen su público, sus lectores, sus comentaristas. Abordan una temática vivencial bastante amplia. Pero lo que más les caracteriza es que se centran en la vida de personajes públicos, políticos mayoritariamente, pero también escritores, pintores, cineastas, actores, etc. Suelen tener amplias tiradas, y dos o tres partes. Casi como los partidos de baloncesto. Todo depende de lo que viva el personaje en cuestión. Algunas vidas de nada dan para más papel que miga. No en todos ellos se requiere, de entrada, una experiencia ejemplar, intensa, cumplida y una necesidad para memorizar por escrito los avatares habidos. Basta tan solo, hoy en día, ser eso que llaman famoso. Y todo porque el consumo, la moda, el discurso de la inmediatez, ha acampado sus tiendas también entre estos libros. Sin duda que muchos de ellos tienen su interés, y ofrecen ese grado de cohesión global, de globalización genérica tanto en principios, formas y hechos en los que el estado, la cultura, los modos artísticos, los sentimientos humanos o las decisiones políticas nos importan a todos. Pueden hasta considerarse libros importantes, pero ya se sabe que la importancia es subjetiva. ¿Cómo no va a ser importante un libro donde se describa la lucha por superar una enfermedad terrible

como el cáncer, por sobrevivir en un ambiente hostil, por superar una adición terrible, o por morir en una guerra, como el **Diario** de Ana Frank? El valor lo otorga múltiples factores internos y externos. El valor es la propia lucha por la vida. La importancia, sin embargo, es mies para el trillo de sociólogos, historiadores o críticos literarios.

Esta vigencia y necesidad -que les comento-, hace de las memorias un género en ebullición. Como las novelas o los libros de ensayo, han sabido disfrazar su forma y encanto con mil rostros de subgéneros afines: cartas, diarios, entrevistas, informes, recopilación de evocaciones publicadas en la prensa (recuerdo uno de los mejores libros de José Luis Muñoz, **La memoria colectiva** (Gaceta Conquense, 1987) y otro más reciente de Alberto Romero, **El escardillo. La luz de la infancia** (Diputación Provincial, 2002). Incluso, no se olvide, en todos los libros de memorias, cabe tener presente al lector. También las memorias se construyen o se leen como novela o como historia. No sólo es un género vivo, como anotaba poco antes, sino que también puede ser un género activo.

Pero no es de la memoria, de esas memorias de protagonistas aplaudidos por algo ajeno, y sin duda meritorio, a su propia memoria, de las que quiero hablar. Hay, al mismo tiempo que estas obras, como digo necesarias para historiar, zaherir o de autoayuda, otras menores. Menores en cuanto al alcance público de sus protagonistas, pero no desde luego en dignidad y compromiso, e incluso hasta en interés, si éste lo entendemos por la apropiación, el conocimiento, la querencia por lo cercano, por aquellas cosas y personas con las que en comunidad vivimos y nos identificamos. Esos recuerdos ilustrativos de un montón de valores son algo más que una intrahistoria o que una guía menor de historia: suponen toda una conciencia histórica, discursiva, que uno a uno, memoria a memoria, pueblan de voces y de pancartas la verdad, y nos rescatan del olvido.

Y ese quiere ser el norte de estas palabras que les dirijo, de esta ponencia: la escritura de la memoria. Las memorias, en plural. Y su aplicación a un aquí y a un ahora, a Cuenca y a su historia más reciente, la del siglo XX. Porque haciéndome eco de unas líneas del libro de José Luis Muñoz, que les cité (del año 1987, y las cosas no han evolucionado mucho desde entonces en este aspecto): *“Periodos fundamentales de la historia reciente -la dictadura primorriverista, la república o la guerra civil (la dura posguerra- , parecen no haber existido en esta provincia por el silencio pertinaz de sus protagonistas y testigos o por la incapacidad de los grandes comentaristas nacionales para mirar más allá de su observatorio madrileño hacia las tierras de la Meseta, condenadas a un silencio secular”*.

Restos de la memoria son las obras de arte, literarias, de urbanismo, la música, la fotografía, los vestidos, las cruces en las carreteras, las lápidas de los cementerios y la ausencia de las mismas en las fosas comunes todavía por desenterrar. Pero ¿cómo podemos reconocernos sólo con cuadros del siglo XVI, triforios catedralicios, guías turísticas, alfarería, listados numéricos con frías normas y porcentajes de tránsito de mercancías, si olvidamos la palabra, la palabra viva de quien está en nuestro propio álbum familiar, y no es ninguna metáfora, si anulamos a los que son testigos de la vida, si pedimos paz y negamos la palabra?

Aquí, ciertamente, no nos referimos a esas formas materiales, museísticas en la mayor parte de los casos, de memoria, también necesarias, sino al uso de la palabra personal como recuerdo verdadero de la vida. A la mención de nombres y apellidos haciendo y haciéndose. Al recuento de horas y días enhebrándose en una misma rutina por falta de desarrollo. A los cambios en la superficie y en las entrañas del paisaje. A la vida de las personas y a su muerte. Esta evocación es necesariamente una memoria histórica, comprometida. Su autor ha de ser consciente, porque lo ha padecido en sus propias carnes, que el poder se encarga de neutralizar los discursos que se le oponen, que el poder se reescribe constantemente, y es dúctil y quebradizo, inmisericorde e implacable, y tiene tesoreros y escribientes en todos los despachos donde haya una mesa, una silla y público.

Es por ello que la memoria, los libros de memoria que aquí y ahora quiero reivindicar en toda su extensión y significado, buscando para ellos la luz, primero como escritura y luego como edición o conservación y registro adecuado de los mismos, son los que podríamos llamar de vivencias locales y provinciales. Aquellos escritos bajo la remembranza de nuestros acontecimientos colectivos, sean al pie de un majano, al abrigo de una trinchera, conduciendo un autobús durante cuarenta años o trajinando con hoces, lana, mimbres y pucheros de barro.

No son, desde el punto de vista de sus características literarias, distintos unos libros a otros, éstos a los anteriores, que, como señalaba al comienzo, nos solemos encontrar en los anaqueles de las librerías: la personalización, las vivencias, el énfasis en lo que a uno le ha marcado, el recorrido temporal, los nombres, los lugares. Tal vez en estos últimos el apego a la tierra les sea más consustancial y privativo. Al fin y al cabo, los modos de supervivencia comportan lances básicos de vida.

Porque los nutrientes de la memoria son tiempo y territorio. Precisamente una época y una geografía en las que hemos sido protagonistas o testigos de hechos propios o cercanos. Acontecimientos y conocimientos decisivos algunas veces, comunes las más, pero que todos ellos, sean de la clase que sean, han definido nuestro carácter, han construido, si la palabra no tuviese tantas heridas abiertas, el consenso de nuestra colectividad. Son palabras de una entrevista realizada a Agustín García Calvo a propósito de su libro **Registro de recuerdos**: *“No se pueden dejar encerradas en un sótano hermético todas las cosas que uno ha sido. Todas están vivas. No sólo las que están dentro de la Realidad fabricada por el poder, sino también las que quedan fuera. La historia, la biografía, la novela, las memorias, todos son evocaciones contra todas las fabricaciones de la Realidad”*.

Quiero aclarar, antes de que se me olvide, que seguramente ni todos los tiempos, ni todas las personas requieren la necesidad de transmitir por escrito sus experiencias. Haríamos una Torre de Babel de las vivencias y de los sentimientos. La canalización, como ocurre hoy en día en tantos y tantos programas de televisión, anularía el efecto reflexivo y de profundización en la verdad.

Pero si la memoria es un componente básico de nuestra existencia y de nuestra esencia lo es porque regular la identidad. Nos une a un pasado común, nos aporta un presente y nos predispone para un futuro, tal como nosotros seamos capaces de reconocer y actualizar. La memoria nos rescata como personas y como pueblo del olvido. Ningún país, ningún tiempo puede prescindir de la memoria. El país, el pueblo, el barrio que no tiene palabra, lenguaje, verbum, desaparecen; porque, como escribe el premio Nobel García Márquez en un libro ad hoc, **Vivir para contarla**, que tantos citan, para decirlo claramente: *“La vida no es la que uno vivió, sino la que recuerda y cómo la recuerda para contarla”*. En este sentido, para algunos, la memoria puede resultar prescindible. Para nosotros, abandonados durante siglos y trashumantes siempre, como el agua de nuestros ríos, ha de ser todo lo contrario, imprescindible.

Resulta preocupante que aquí hayamos desatendido de una manera tan alarmante la recuperación de las voces que han convivido con nosotros. Sólo con cuentagotas y cuando los textos suenan a añoranza y nostalgia y van envueltos en el papel de la inacción han podido ver la luz. Sigo insistiendo que hasta esos libros tienen su mérito. Y hasta puedo aceptar que se me diga que el ser humano puede sobrevivir sin memoria escrita. Hay pueblos que así han pervivido. Cuando esto ocurre, las gentes echan mano de las tradiciones, del folklore, de la poética: el idílico paisaje inalterado. Lo cierto es que cuando se prescinde de la memoria, surgen los fantasmas, las leyendas, que es otra forma de potenciar la necesidad de memoria, pero que nos conduce a la inoperancia, a la falsificación de la realidad; que a veces nos crea sentimientos de arraigo fuertes, pero insisto nos lleva a un nudo de espejismos ridículos y fácilmente desmontables, pues a la hora de pisar tierra no hay argumentos sólidos donde aferrarse. Una anécdota a modo de ejemplo podría citarles de esto que les vengo diciendo. Me sirve para aclarar este punto y otros posteriores. Traté de aclarar, hace tiempo, la muerte de Basiliso Serrano Valero, personaje anarquista

mítico de la posguerra en toda la Serranía conquense y montes limítrofes. A cualquiera que pregunté sobre él en los pueblos poro donde transitó en los años cuarenta podrán darle infinidad de datos a cual más verídico o más descabellado. Solamente de su muerte podrá encontrarse hasta con una buena y amplia colección de versiones. Recogiendo esos recuerdos, que también sería otro modelo de libro de memorias, podría escribir un libro más o menos titulado *Las doce muertes del Manco de la Pesquera*.

Apuntaba anteriormente que la escritura, en cercanía e identificación, tampoco es un valor neutro. Compromete. Termina siendo nuestro testigo de cargo. Aunque lo hagamos bien. Es un modelo histórico. Y los silencios, los olvidos, terminan pasando factura. Conscientes de eso, aunque no siempre sea fácil de superar por el débil tejido cultural sobre el que se asienta la pragmática lingüística, la escritura de nuestra vida ha de ser un acto revolucionario. Con todas sus imperfecciones. Es lo que nos libra de la opresión del poder. El Poder suele humillarnos tantas veces como puede. Por lo menos dos. Una, ejerciéndose, con mandamientos, normas, impuestos, prohibiciones, recortando nuestra libertad; y la segunda escribiéndose, con todas sus estructuras reguladoras del conocimiento (empresas periodísticas, medios de comunicación, sistemas culturales, etc.). A nosotros sólo nos queda la voz, escrita. La memoria nos hace falta, le leí a un buen escritor valenciano, Alfons Cervera, *“para no morirnos de asco”*. Y en su misma línea, la historiadora Fernando Romeu escribe en las conclusiones de su libro recientemente reeditado por la Universidad de Castilla-La Mancha, ***Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante***: *“Somos espectadores y actores a la vez de una obra siempre protagonizada por dos únicos actores: la Verdad, por un lado, como esencia de la expresión de nuestras convicciones más profundas, y el Poder, por el otro, actor de arrogancia sin límites, con una habilidad innata para imponer, utilizar, denigrar o desprestigiar, y con una única deriva obsesiva, la de acabar precisamente y antes del desenlace final de esta tragedia, con el primer protagonista, la Verdad y su memoria”*. Lo he leído también en alguna otra parte y me parece oportuno también traerlo aquí a colación, la ruptura de la memoria es quizá uno de los pliegues sobre los que el poder político opera con la más sutil persistencia para crear una fisura insalvable entre lo vivido y lo que se recuerda. A la negación de la memoria por la represión, la exclusión, la indiferencia, el desprecio o el agotamiento, se opone siempre el combate por su recuperación con una lógica que va más allá de toda lógica.

Tal vez, como apuntala Fernanda Romeu la memoria sea la Verdad, o en la memoria esté la Verdad. Pero desde luego, en las memorias, escritas, ésta no se halla de manera absoluta, ni tampoco la Realidad, con mayúscula ambas. Hemos de aprender a vivir con esa certeza. Así lo comenta Orwell en ***Homenaje a Cataluña***. La memoria necesita de otras memorias, de otros compañeros de viaje. Y una reflexión crítica, de análisis de la misma, de las mismas, y no sólo eso, sino también una elaboración creativa. La estadística fría cuenta las palabras, la literatura las humaniza. *“Por extraño que parezca -al terminar su narración señala el escritor inglés el conjunto de la experiencia, de la guerra y también de la escritura de su libro- en vez de disminuir ha aumentado mi fe en la dignidad de los seres humanos. Y confío que mi relato no haya sido demasiado desorientador. Estoy convencido -añade- que en situaciones como ésta no es posible ser completamente veraz. Es difícil estar seguro de algo, excepto de lo que uno ha visto con sus propios ojos y consciente o inconscientemente todo el mundo escribe desde un punto de vista parcial. Cuidado con mi parcialidad”*, nos advierte.

Es aquello de que la memoria es selectiva. Por lo tanto, todas las memorias son parciales. Se asume en ellas una visión personal, subjetiva, de la historia. Ya sabemos que partimos de esa base. Pero esa circunstancia es la que les da valor, y también la que les limita, porque la perspectiva del recuerdo, como el objetivo de una cámara abarca un entorno preciso, más acotado y condicionado. La recurrencia habitual en el prólogo a decir que *“escribo estas páginas sin pasión”*, *“de manera sencilla y veraz”*

principalmente humana” no es aquí un tópico literario. Como tampoco lo es el pensar que para redactar unas páginas ha habido que vivir y sufrir antes, y posteriormente dedicarle años de intenso trabajo a la escritura. Hasta molestar a más de un familiar, pues sus autores o bien no saben escribir adecuadamente, o no poseen ordenador, o a más de una persona, desgraciadamente, por la edad y la enfermedad ya le tiemblan las manos.

Si la vida crea la memoria, el silencio forja las memorias. Y uno de los silencios más lacerantes en lo que tiene de olvido notorio, y a su vez más divulgado en aquello que es oralidad y leyenda es el de la posguerra. Precisamente es uno de los temas de investigación y escritura que a este ponente que les habla más tiempo le lleva ocupando. Es una parte del gran tema común de la memoria histórica. Y es el apartado último de mi intervención al que quisiera dedicarle unos cuantos renglones y alguna que otra reflexión.

La recuperación de la memoria

Creo que puede ser aceptado por todos pensar que hoy en día, en un clima cívico de libertad como el que vivimos, el conocimiento y estudio de los años anteriores y posteriores a la guerra civil puede hacerse desde unos planteamientos y una óptica menos ideologizados y politizados que en épocas anteriores. La democratización de las estructuras sociales y políticas ha implicado una renovación en la metodología histórica: sus protagonistas no sólo son los héroes de las batallas, reyes, políticos y gente con nombre conocido por todos; también lo son aquellos -y sigo ahora las opiniones vertidas en un buen libro de memorias de uno de los milicianos que combatiesen en la Columna de Hierro (Ismael Soler, **Así luchamos**)- *“que a partir de su experiencia anónima e individual, contribuyen a la reconstrucción narrativa del pasado. La aproximación al conocimiento de la realidad supone arriesgarse a quebrar la línea de lo sabido y reconocer que la historia también la forman las experiencias anónimas, las que guardan en su memoria fragmentos de aquello que ha sucedido. Sin obviar los problemas metodológicos y teóricos asociados a la memoria como fuente histórica, la utilización de fuentes orales, biográficas e historias de vida, abre nuevos campos para la reflexión histórica. Los relatos de los protagonistas anónimos permiten una aproximación de lo individual a lo colectivo, ratificando, modificando y matizando aquello que ya conocemos. El relato de la experiencia vivida se convierte en una fuente fundamental para el conocimiento de nuestra historia reciente”*.

Partiendo de esta perspectiva, que comparto, los escritos que dan cuenta de nuestro ayer más próximo son una memoria contra el olvido. Nuestro ayer más en llagas, que como recordábamos anteriormente lo tenemos onerosamente olvidado. Recuperarlo, pues, es una deuda histórica. Les debemos el reconocimiento a tantas y tantas personas sencillas y anónimas que lucharon y dieron lo mejor de sí mismos no por un puñado de monedas, ni por una medalla con distintivo y todo eso, sino por unos ideales arraigados en la legalidad, a los que creo pocos pondrían hoy objeción, cuales son la justicia, la paz y la democracia y también la República.

Durante muchos años no hemos podido recuperar esa memoria. El franquismo nos lo impidió. Pero también la transición. Los partidos de izquierda no supieron estar a la altura de las circunstancias cuando les tocó tomar decisiones de gobernabilidad. Hoy en día, esa memoria tan humillada y diezmada -casi aniquilada por la edad y los impedimentos para acceder a los documentos, y Cuenca, y lo que fuese gobierno civil es uno de los más lamentables ejemplos que bien podría aprender de Albacete, de Teruel o de Guadalajara- ya no tiene nada que perder, porque prácticamente lo han perdido casi todo. Ahora podría de nuevo traerles a colación la maraña que se ha creado en torno al mítico personaje que les cité anteriormente, el Manco de la Pesquera. Tantos años de desinformación hacen, para que vean, que hasta el principal historiador de la Guardia Civil, creador en su día del Archivo Histórico de dicho cuerpo, el general Francisco Aguado, escriba, y cito textualmente: *“antiguo jefe*

de brigada en el maquis francés". Ciertamente es muy difícil fijar la verdad. Pero hay ocasiones en las que no interesa y el pecado, entonces, desde luego que no es venial.

Con todo, hoy en día, que también los tiempos pasan por encima de nosotros, los enemigos de la memoria histórica empiezan a proliferar no tanto fuera, sino dentro del corpus interpretativo. *"Dios me libre de los amigos que de los enemigos ya me libero"*, dice el refrán. Los enemigos son y han sido: el discurso rancio, que escrito está; el olvido; la confusión de que todos somos iguales (que quiere decir que todos actuamos igual); y la construcción publicitaria de la moda. Estos enemigos son cambiantes. Todo se transforma con el interés. Hoy en día, repito, los enemigos que percibo son tres: primero, la excesiva generalización, segundo, el ruido y en tercer lugar, la ocultación inexplicable e ilegal (en algunos casos). La excesiva generalización, necesaria para contextualizar y enfocar cualquier fenómeno histórico dentro de parámetros semejantes a lo ocurrido en otros lugares, puede minimizar el apego y el interés por lo cercano, por lo propio. Es muy valioso conocer cualquier época histórica de Zaragoza o de Toledo, pero creo que lo que a nosotros nos interesa rescatar del olvido es nuestra propia realidad, por ejemplo, los sucesos reales de la Puerta de San Juan, o los de Barchín del Hoyo. Cercano a la globalización está la mezcla de todo, el ruido. Este es un fenómeno que a media luz pretende confundir los términos. Ante ello sólo cabe, como reacción frontal, la verdad, por muy doloroso que ésta sea en determinados momentos. Y por último, no ha lugar a la ocultación de documentos, al desconocimiento de la existencia de los mismos. Bien por dejadez, bien por intereses ya fuera de crédito. Es necesario a este respecto grabar, fotografiar, guardar todo y publicar lo que se pueda. Y todo ello dejarlo, claro es, al alcance de quien desee leer, analizar o historiar. Un ejemplo podría ser las fotografías. La Guardia Civil las requisó todas al igual que documentos personales, fundamentalmente cartas de los que se habían echado al monte. Nunca se ha vuelto a saber nada de dichos documentos. En algunos libros, como en el del general Aguado, se utilizan; en otro, como el de Fernando Romeu no aparece ninguna. Yo creo, en frase de Sánchez Ferlosio, intelectual exigente, ante la presentación de su último libro, ***La hija de la guerra y la madre de la patria*** *"que suprimir la cara de una persona eso es ya suprimir la persona. No existe"*. Eso es lo tremendo de la "burka". Nuestras burkas de la memoria, acordémonos de los talibanes, han sido las pesquisas intimidatorias que han eliminado las fotos familiares, que hablan de las gentes como si no tuvieran rostro. Y esta es otra recuperación.

Y casi una última precaución ahora que se publican muchos libros de memoria incluso a lo Proust. No me interesa para nada la memoria de la felicidad, aquella que nos sitúa en el pasado como el tiempo de la infancia, del no tiempo, de la ignorancia y la imaginación desnaturalizada. La memoria es historia, reconocimiento y enseñanza, para afrontar el futuro y vivir el presente con ilusión y dignidad respectivamente. El ejercicio del infantilismo es un alzheimer contra el que siempre deberíamos estar vacunados; pero claro, hay enfermedades difíciles de curar, porque si se ha vivido egoístamente, cómo se puede afrontar la vejez solidariamente.

Los libros de memorias, y termino con palabras de una profesora de la Universidad de Buenos Aires, Celina Manzini: los libros de memorias -en cualquiera de sus dimensiones- *"tienen un efecto multiplicador. Por una parte se rellenan los recuerdos y las emociones, por otro se dispara la reflexión sobre el arte de la memoria, sobre los modos de producción y de reproducción de las tradiciones intelectuales y políticas, sobre el espacio del intelectual cuando la mirada asiste al derrumbe de muchas certezas y todo tiene que ser repensado, y no desde el vacío sino, precisamente, desde un espacio colmado de voces, de testimonios que se han abierto camino en lucha contra el discurso consagrado"*.